



‘Ni un juguete ni una escena cómica’: lo serio y lo jocoso durante la independencia de Chile, 1810-1840*

‘Neither a toy nor a comic scene’: the serious and the humorous during the independence of Chile, 1840-1840

Maximiliano Salinas Campos**

RESUMEN

La Independencia de Chile como crisis del imperio español estuvo abierta a las experiencias de lo serio y de lo cómico, como cualquier expresión humana. La elite se sintió abocada a un estricto disciplinamiento de sí misma y del conjunto de la población. Esto exigió poner límites al espíritu cómico de la vida. Era indispensable cumplir las expectativas del nacimiento de una nueva nación en el concierto de Occidente. Los rasgos festivos y humorísticos de la cultura popular se descalificaron como expresiones de una barbarie que había que abandonar. El proceso de la Independencia se identificó con la milicia forzosa, la prensa y su guerra ideológica, la intolerancia política y religiosa, aspectos de la vida que fueron graves y temibles. La cultura popular, por su cuenta, continuó resistiendo tal seriedad civilizatoria.

* El artículo es parte de las investigaciones del autor sobre la cultura cómica y la literatura satírica en Chile: *El que ríe último. Caricaturas y poesías en la prensa humorística chilena del siglo XIX*, junto con Daniel Palma, Christian Báez y Marina Donoso, Editorial Universitaria, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2001; *¡Vamos remoliendo mi alma! La vida festiva popular en Santiago de Chile 1870-1910*, junto con Elisabet Prudent, Tomás Cornejo y Catalina Saldaña, LOM, 2007; *La risa de Gabriela Mistral. Una historia cultural del humor en Chile e Iberoamérica*, LOM, 2010; *La resurrección de los muertos: la risa como signo vital de la lucha de los pobladores y las pobladoras, Santiago de Chile 1973-1990*, HAFO, *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, Barcelona, 44, 2010, 133-146; *¡El que se ríe se va al cuartel! Risa y resistencia en las poblaciones de Santiago de Chile 1973-1990*, junto con Jorge Rueda. USACH, 2015; *Carnaval y descolonización: la irrupción del tiempo cómico de la Tierra*, *Hispanorama. Zeitschrift des Deutschen Spanischlehrerverbandes*, Bremen, 165, 3, 2019, 20-25.

** Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile, Chile, correo electrónico: maximiliano.salinas@usach.cl, ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9111-0157>.

Palabras clave: seriedad, cultura de elite, cultura popular, independencia de Chile, siglo XIX.

ABSTRACT

The Independence of Chile, as a crisis of the Spanish empire, was open to experiences of both seriousness and comedy, like any human expression. The elite felt compelled to impose strict discipline upon themselves and the entire population. This required limiting the comedic spirit of life. It was essential to meet the expectations of birthing a new nation in the Western world. The festive and humorous aspects of popular culture were discredited as expressions of barbarism that needed to be abandoned. The process of Independence became associated with compulsory military service, the press and its ideological warfare, political and religious intolerance—serious and fearsome aspects of life. Popular culture, on the other hand, continued to resist such civilizing seriousness.

Key words: seriousness, elite culture, popular culture, Chilean independence, 19th century.

Recibido: Agosto 2022.

Aceptado: noviembre 2022.

Introducción

El presente trabajo propone como problema historiográfico la instalación del canon de lo serio y lo cómico en el tratamiento de la Independencia de Chile. Es una indagación en el terreno de la historia cultural para investigar la crisis del Imperio español, entendiendo las expresiones sociales y psicológicas de los sujetos involucrados en esta coyuntura histórica, distinguiendo entre la elite y el pueblo común, como lo ha sugerido la historiografía chilena en los últimos veinte años¹. El estudio histórico de lo serio y lo jocoso tiene un destacado antecedente en el medievalista ruso Arón Gurévich y, ciertamente, en el historiador y filósofo del lenguaje, también ruso, Mijail Bajtin. Es inexcusable el aporte del antropólogo y lingüista ruso Vladimir Propp, con su interpretación de la risa como recurso mágico para crear la vida², y la reflexión del filósofo y dramaturgo francés Jean Duvignaud, sobre la risa asociada a la fiesta como abundancia excesiva de la vitalidad³. La

¹ Gabriel Salazar, *Construcción de Estado en Chile, 1800-1837. Democracia de los pueblos, militarismo ciudadano, gopismo oligárquico* (Santiago: Editorial Sudamericana, 2005); Leonardo León, *Ni patriotas ni realistas. El bajo pueblo durante la Independencia de Chile, 1810-1822* (Santiago: DIBAM, 2012); Eduardo Cavieres, *Sobre la Independencia de Chile. El fin del Antiguo Régimen y los orígenes de la representación moderna* (Santiago: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2012); Iván Jaksic, ed., *Historia política de Chile, 1810-2010* (Santiago: FCE, 2017).

² Arón Gurevich, «Lo cómico y lo serio en la literatura religiosa de la Edad Media», *Diógenes* 90 (1975); Mijail Bajtin, *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais* (Madrid: Alianza, 2005); Vladimir Propp, «La risa ritual en el folklore: el cuento de Nesmejana», en *Edipo a la luz del folklore. Cuatro estudios de etnografía histórica estructural*, Vladimir Propp (Madrid: Fundamentos, 1980), 47-86.

³ Jean Duvignaud, *El sacrificio inútil* (México: FCE, 1997), 171-212.

historiografía cultural del humor tiene una expresión en la obra editada por los historiadores holandeses Jan N. Bremmer y Herman Roodenburg⁴.

En nuestro caso el marco teórico se basa en tres autores de fines del siglo XX e inicios del siglo XXI. El estudio histórico-sociológico de Peter Berger, *Risa redentora. La dimensión cómica de la experiencia humana* (Barcelona 1999), el estudio histórico-literario de Luis Beltrán Almería, *La imaginación literaria: la seriedad y la risa en la literatura occidental* (Barcelona 2002), y el estudio histórico-antropológico de Barbara Ehrenreich, *Una historia de la alegría. El éxtasis colectivo de la Antigüedad a nuestros días* (Barcelona 2008). Las tres obras reflexionan en torno a una experiencia cotidiana: la realidad histórica recurrente de la risa, la comicidad y la alegría como expresiones de la convivialidad humana. Particularmente, como una dimensión subversiva frente al canon de los sistemas epistémica y socialmente establecidos.

Peter Berger examina los prejuicios intelectuales occidentales acerca de la risa (Platón, Cicerón, Hobbes). Lo cómico se revela en un nivel profundo y sorprendente de la realidad: “La experiencia de lo cómico ofrece un diagnóstico particular del mundo. Penetra más allá de las fachadas del orden de las ideas y del orden social y desvela otras realidades que acechan detrás de las realidades superficiales. [...]. Toda clase de fenómenos inesperados pueden emerger desde ‘abajo’ y también pueden abrirse repentinamente brechas por las que las cosas y las personas situadas ‘arriba’ desaparecen en el mundo extraño que hay debajo. [...]. Por esto, lo cómico es siempre potencialmente peligroso”. “Al igual que ocurre con lo sagrado, lo cómico debe ser contenido, domesticado, a fin de evitar que su amenaza potencial contra el orden social se haga realidad”. La experiencia cómica se asocia al juego y la libertad, presentes en el mundo no adulto, infantil. La experiencia cómica es una percepción contrafáctica del mundo, una suspensión de la determinación sufriente y trágica de la humanidad. Las manifestaciones estéticas de lo jocoso, según el autor, se observan en las culturas y ritos cómicos de África, o en el misticismo zen de Asia⁵.

Luis Beltrán Almería realiza una crítica histórico-literaria a la estética de la seriedad en Occidente, identificada con la exaltación del héroe, o patetismo, y la exaltación del sabio, o didactismo. Esta estética la impone una elite gobernante para educar en los regímenes históricos de desigualdad social. La estética de la risa, por su parte, “representa la dimensión igualitaria y libre del mundo”, que forma parte del “mundo de la fiesta”. “[La] risa se funda sobre la utopía de la permanente regeneración de la vida”. “El fundamento de la risa es ese caudal de imágenes creado durante milenios de vida en la igualdad y en la diversidad más elementales [...]. En ese

⁴ Jan Bremmer, Herman Roodenburg, eds., *Una historia cultural del humor: desde la Antigüedad hasta nuestros días* (Madrid: Sequitur, 1999).

⁵ Peter Berger, *Risa redentora. La dimensión cómica de la experiencia humana* (Barcelona: Kairós, 1999), 78, 115, 120, 132, 292, 331.

mundo no hay fronteras, ni siquiera la frontera entre la vida y la muerte [...]. Allí cohabitan dioses, muertos y mortales. Y el tránsito entre esos estados es la risa, la risa ritual”⁶.

Barbara Ehrenreich advierte las raíces de la experiencia cómica en los éxtasis dionisiacos de la Antigüedad. Aunque estos fueron censurados por la filosofía y la política occidentales se aprecia su importancia en las manifestaciones populares contra el colonialismo moderno europeo. En Asia, África, Oceanía y América indígena la “efervescencia colectiva”⁷, la “communitas”⁸ son mecanismos característicos en la consistencia de una identidad y una exaltación social descolonizadora. Los cuerpos se expanden a través de la fiesta, la danza, la música y, en general, los rituales utilizados “para alcanzar el placer comunal, e incluso el éxtasis o el estado de dicha absoluta”. Esta cultura del entusiasmo fue una experiencia indispensable en la resistencia ante el Occidente sospechoso del carnaval de los siglos XVI a XIX⁹. La singularidad cómica en la América indígena y africana revierte el puritanismo y la melancolía alentadas por la elite europea¹⁰.

El problema historiográfico busca discernir hasta qué punto el proceso de la Independencia de Chile requirió la construcción de una estética de la seriedad que asegurara en los hechos y en la conciencia colectiva la creación de una identidad nacional con la consolidación de un orden político estable y válido de acuerdo al horizonte civilizador de Occidente. Al mismo tiempo, preguntamos de qué modo tuvieron lugar las expresiones de comicidad y jocosidad propias de toda cultura y comunicación humana, y hasta qué punto estas expresiones se manifestaron o no en la mayoría mestiza o de castas de Chile, distante del férreo protagonismo de la elite¹¹.

El espíritu de la seriedad

“[Huye] de las bufonadas groseras, gestos, sátiras y murmuración [...]. Para reír, no darás grandes carcajadas.”

José Ignacio Cienfuegos, *Catón cristiano-político para el uso de las escuelas de la República de Chile*. (Valparaíso: Imprenta del Mercurio, 1859), 52-53.

⁶ Luis Beltrán Almería, *La invención literaria. La seriedad y la risa en la literatura occidental* (Barcelona: Montesinos, 2002), 53-63, 201-207, 243.

⁷ Emile Durkheim, *Las formas elementales de la vida religiosa* (México: FCE, 2012).

⁸ Víctor Turner, *El proceso ritual* (Madrid: Taurus, 1988).

⁹ Peter Burke, *La cultura popular en la Europa moderna* (Madrid: Alianza, 2010).

¹⁰ Barbara Ehrenreich, *Una historia de la alegría. El éxtasis colectivo de la Antigüedad a nuestros días* (Barcelona: Paidós, 2008), 14, 22, 30, 103-122, 155-179.

¹¹ Maximiliano Salinas, *Risa y cultura en Chile* (Santiago: Universidad ARCIS, 1996); Maximiliano Salinas, «El tiempo colonial y su desarticulación por la risa: Juan Verdejo, roto de Chile», en *Simposio Internacional sobre Patrimonio Inmaterial. La voz y el ingenio. El humor, el chiste, la ironía, el gesto intencionado*, ed. por Fundación Joaquín Díaz (Urueña: Centro Etnográfico Joaquín Díaz, Diputación de Valladolid, Junta de Castilla y León, 2008) 58-75; Maximiliano Salinas, «El Chile de Juan Verdejo: discursos identitarios y estereotipos nacionales en la prensa humorística de Chile en el siglo XX», en *Identidades nacionales en América Latina. Discursos, saberes, representaciones* ed. por Katharina Motzkau, Vanessa Höse, Antonio Sáez-Arance, (Stuttgart: Akademischer Verlag, 2017), 287-307.

La Independencia de Chile puede concebirse como la instalación de un tiempo especialmente serio, como lo manifiestan las palabras del presbítero y más tarde obispo de Concepción José Ignacio Cienfuegos. Se debía instalar un proceso político, cultural y estético destinado al control del Estado nacional por una minoría enfrentada a los desafíos de una sociedad multicultural integrada por complejas y atrevidas identidades mestizas, indígenas y mulatas, resultado de tradiciones amerindias, africanas e ibéricas. Esta sociedad, amplia mayoría de la población de Chile central, constituía de suyo una amenaza para la estabilidad de la elite. Poco antes de la Junta de Gobierno de 1810, y al fin, desde siglos, esta elite fue presa del miedo ante las expresiones desbordantes del multiexpresivo pueblo de Chile¹². En 1823, Juan Egaña, profesor de latín y retórica en la Universidad de San Felipe, principal intelectual de la Independencia, señaló que la revolución no podía ser, como algunos pensarían, “un juguete o una escena cómica”¹³. Esta fue la preocupación cultural de la elite más influyente. La emancipación no podía ser plebeya, ni menos cómica. No debía ser, ni en sus inicios ni en su reconocimiento internacional, una empresa de rasgos poco serios. Por el contrario, la elite iba en procura de la suma del poder y de la riqueza. Esto, sin duda, nada tenía que relacionarse con un “un juguete o una escena cómica”. Los patricios, según Miguel Luis Amunátegui, “estaban convencidos de que podían ser tan opulentos como los habitantes de la mejor provincia de España”¹⁴. ¿Cuáles eran las pretensiones de José Santiago Portales Larraín, padre de Diego Portales? Según Samuel Johnston: “¡Anciano infatuado! [...], su ánimo estrecho se forjaba ideales de grandeza superiores a las de un monarca, a tal punto, que el emperador Napoléon no es tan grande hombre en su concepto como él se considera a sí mismo”¹⁵. Mateo de Toro y Zambrano fue caracterizado por Manuel Antonio Talavera: “[Preocupado] con el bien y seguridad de la patria y mucho más con la codicia, que como dice Feijoo, es mayor en la vejez, se persuadía con los sugerimientos de todos de que la Junta era un arbitrio de perpetuar su mando de Presidente del Reino”¹⁶. El cabildo abierto del 18 de Septiembre de 1810 debía ajustarse a las medievales *Siete Partidas*: faltando el rey debían “juntarse todos los mayores del reino, así como los preladados, los hombres ricos y los nobles”¹⁷. Ese día la ciudad permaneció bajo estado de sitio¹⁸. La conmemoración del segundo

¹² “La plebe, conformada por indios, mestizos, negros y castas, constituía más del 90 % de la población de Chile central, y era heterogénea tanto cultural como racialmente.” León, *Ni patriotas...*, 96.

¹³ Juan Egaña cuestionó el “proyectismo pueril de los que creen que la revolución es ‘un juguete o una escena cómica’”, Mario Góngora, «El pensamiento de Juan Egaña sobre la reforma eclesiástica. Avance y repliegue de una ideología de la época de la Independencia», en *Estudios de historia de las ideas y de historia social*, Mario Góngora (Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1980), 198-199.

¹⁴ Miguel Luis Amunátegui, *La crónica de 1810* (Santiago, 1911), I, 180.

¹⁵ Samuel Johnston, *Cartas de un tipógrafo yanqui en Chile y Perú durante la Guerra de la Independencia* (Buenos Aires, 1967), 37.

¹⁶ Manuel Antonio Talavera, *Revoluciones de Chile* (Santiago: Cóndor, 1937), 74.

¹⁷ Sergio Villalobos, *Tradicón y reforma en 1810* (Santiago: Universitaria, 1961), 225.

¹⁸ León, *Ni patriotas...*, 30.

aniversario del cabildo, en 1812, se festejó con un baile “favorecido por la presencia de cerca de doscientas señoras, la mayor parte literalmente cargada con oro y perlas”¹⁹.

Algunos miembros de la elite independentista provenían de la distinguida prosapia colonial de Chile. Juan Martínez de Rozas tenía entre sus ancestros a Jerónimo de Alderete, primer gobernador de Chile nombrado por la Corona, y al capitán Alonso de Reinoso quien mandó a torturar a Caupolicán²⁰. Rozas distinguía muy bien entre elite, y ‘multitud’ o ‘populacho’²¹. Cuando los patriotas exiliados en la isla de Juan Fernández regresaron a Valparaíso llevaban consigo, junto a sus sirvientes y criados, “sus medallas e insignias de nobleza”²². Uno de los próceres de la Independencia, Fernando Errázuriz Aldunate, por ‘godo’ y monárquico, fue apodado “Fernando VIII”²³. Los magnates de la emancipación, sin duda la familia Larraín, descendían de quienes en el siglo XVII “se enorgullecían de no tener una sola gota de sangre mora o judía [...]. Así aquella era una raza esencialmente española, limpia de toda mala mezcla”²⁴. Fueron los descendientes de los ‘godos’, los ricos y nobles cristianos que discriminaron a árabes y judíos en la España medieval. Bernardo O’Higgins distinguió a dicha familia, llamándola “los beneméritos Larraínes”²⁵. El cabildo de Talca caracterizó al párroco de la ciudad y futuro dirigente eclesiástico de la Revolución José Ignacio Cienfuegos como “de calidad noble, libre de toda mala mezcla”²⁶.

Esta elite estimó que la crisis política se resolvería evitando que otros protagonistas, más rebeldes o menos blancos o ‘puros’, alcanzaran protagonismo en la revolución y en la organización republicana. Juan Egaña, el académico de la Universidad de San Felipe, advirtió en sus recomendaciones acerca del nuevo gobierno de Chile: “Vileza y corrupción de la plebe. - [...] debe V.S. prohibir la introducción de negros para quedarse en Chile, [...]. Hombres que tienen la infamia vinculada a su color y que por ello deben vivir sin esperanza de alguna consideración, no pueden tener costumbres ni honor; gozan lo que pueden, que es el placer de los vicios; ellos se unen a la restante plebe y la hacen igualmente vil. En Chile no hay ramo de industria que ejerciten los negros ni los indios, con que no son necesarios; [...]”²⁷. Manuel de Salas, para desacreditar en

¹⁹ Johnston, *Cartas de un tipógrafo...*, 81.

²⁰ Amunátegui, *La crónica de 1810...*, I, 11, 132. Al propio tiempo su suegro fue “el comerciante más rico del Sur”, José de Urrutia y Mendiburu, Domingo Amunátegui Solar, *La Revolución de la Independencia* (Santiago: Imprenta y Litografía Universo, 1945), 14-15.

²¹ Julio Pinto, Verónica Valdivia, *¿Chilenos todos? La construcción social de la nación 1810-1840* (Santiago: LOM, 2009), 28.

²² Simon Collier, *Ideas y política de la Independencia chilena 1808-1833* (Santiago: Andrés Bello, 1977), 234.

²³ *Ibidem*, 305.

²⁴ Amunátegui, *La crónica de 1810...*, II, 115-116.

²⁵ Carta de Bernardo O’Higgins a Juan Mackenna, 20.7.1814, Ernesto de la Cruz, *Epistolario de Don Bernardo O’Higgins* (Madrid: Editorial América, 1920), I, 49.

²⁶ Amunátegui, *La crónica de 1810...*, I, 354.

²⁷ Talavera, *Revoluciones de Chile...*, 134.

1811 al gobernador español Antonio García Carrasco, expresó que tenía familiaridad con una “gorda, vieja y asquerosa negra”²⁸.

Cuando en 1824 se derrumbó la constitución política de Juan Egaña, el jurista expresó su desazón a su hijo Mariano en Londres: “[Las novedades] públicas son muchas y bien tristes [...]. Se convocó la chusma de cajoneros del portal y cuanto indecente podía atraerse haciendo un papel muy principal, los mulatos Peluca y Cañas [...]. Arrancaron los retratos de O’Higgins y San Martín, los hicieron pedazos y botaron a la calle [...]. Los demagogos de la poblada y sus sectarios hacían el más indecente alarde de su insolencia [...]. Todos los hombres sensatos opinan aquí que si te hubieras mantenido en el Ministerio seguramente se hubiera preservado el país de esta revolución”²⁹.

¿Cuál fue el carácter de los dirigentes revolucionarios? Según Miguel Luis Amunátegui, Camilo Henríquez habría sido un escritor especialmente serio y meticuloso. “Durante toda su carrera de diarista nunca desmintió su circunspección y su mesura; jamás su pluma se mojó en hiel para escribir diatribas y pasquines, en vez de artículos sesudos y razonados; [...]”³⁰. Luis Montt resaltó su “carácter meditado y melancólico”, de “temperamento sombrío”, de tono “siempre serio y grave”, de “lenguaje seco y duro”³¹. Según Montt, para Henríquez, “el vulgo [era] casi siempre insensato”³². El valor supremo del orden se advierte en su discurso de instalación del Congreso nacional en 1811: “Este es el gran principio del orden público establecido por la Divina Providencia. Así es como todo poder se deriva de Dios [...]. Su trasgresión induce la licencia, azote horroroso de la sociedad. La licencia se confunde con la anarquía de los gobiernos populares”³³.

Lo perentorio era que las instituciones nacionales, fuesen las que fuesen, funcionaran, preocupación manifestada expresamente por el Imperio británico. En 1825 Mariano Egaña le expresa a su padre: “Fui a mi conferencia con Mr. Canning [canciller del rey Jorge IV], y a desengañarme nuevamente del funesto resultado del desorden en que aquí se cree que están las cosas de Chile [...]. Le encontré perfectamente instruido de las cosas de Chile; [...]. Me preguntó en seguida si aun usaba el Director de facultades dictatoriales”³⁴. En 1827 Mariano Egaña hizo su histórica afirmación contra la ‘furia democrática’: “[Tantos] crímenes y tantos

²⁸ Pinto, Valdivia, *¿Chilenos todos?...*, 27. El motivo de la ‘negra’ sirvienta de García Carrasco recorre la historiografía de la Independencia, manifestando el racismo y sexismo de la elite.

²⁹ Carta de Juan Egaña a Mariano Egaña, 29 de julio de 1824, Juan Egaña, *Cartas de don Juan Egaña a su hijo Mariano 1824-1828* (Santiago: Sociedad de Bibliófilos Chilenos, 1946), 46-56.

³⁰ Miguel Luis Amunátegui, «Camilo Henríquez», en *Galería Nacional*, ed. por Narciso Desmadryl (Santiago: Calle de la Bandera, cerca de La Cañada, 1854), I, 23.

³¹ Luis Montt, *Ensayo sobre la vida i escritos de Camilo Henríquez* (Santiago, 1872), 18, 21, 30, 82, 84.

³² Pinto, Valdivia, *¿Chilenos todos?...*, 30.

³³ Raúl Silva Castro, *Escritos políticos de Camilo Henríquez* (Santiago: Universidad de Chile, 1960), 56.

³⁴ Carta de Mariano Egaña a Juan Egaña, Londres, 22 de mayo de 1825, Mariano Egaña, *Cartas a su padre 1824-1829* (Santiago: Sociedad de Bibliófilos Chilenos, 1948), 82-83.

desatinos que se cometen desde Tejas hasta Chiloé, todos son efectos de esta furia democrática que es el mayor azote de los pueblos sin experiencia y sin rectas nociones políticas”³⁵. José Miguel Infante había dicho un año antes que la democracia no era para ni niños ni para plebeyos, ya que estos “jamás pueden obrar con libertad, que equivale a no tener discernimiento”³⁶. “La igualdad es el delirio del republicano fanático y la libertad frenética, el sepulcro de las repúblicas”, opinó Jorge Beauchef, oficial napoleónico al servicio de Chile³⁷.

Los intelectuales de 1810 eran la expresión razonada de la sociabilidad de la elite. Bernardo de Vera y Pintado, autor de la Canción Nacional de Chile en 1819, “estaba más o menos íntimamente relacionado con todos los magnates de Santiago”³⁸. El presbítero Cienfuegos había sido comisario del Santo Oficio de la Inquisición en la provincia del Maule³⁹. Bernardo O’Higgins le solicitó la redacción del manual escolar de educación cívica y religiosa conocido como *Catón cristiano-político para el uso de las escuelas de primeras letras del Estado de Chile* de 1819, publicado en su sexta edición en Valparaíso en 1859. Cienfuegos enseña los valores del nuevo orden político: “[Dios] Es el Supremo Emperador sin cuya orden o permisión no se puede hacer cosa alguna en los cielos ni en la tierra [...]. Cuando te presentes en la iglesia, o santuario, le darás el culto externo que ordena nuestra adorable religión con la gravedad y compostura que exige la presencia de la deidad suprema, sin puerilidades y ridiculeces dictadas por la superstición [...]. Eres superior al cielo, tierra, y a todas las criaturas visibles. Estas, como te he dicho, han sido criadas para tu servicio, y tú para Dios. [...]. Si eres verdadero patriota, deberás ser muy sumiso a la Constitución del Estado y mandamientos del Gobierno. Así libertarás de muchos males a tu patria, cumplirás con el pacto social y con el precepto del Altísimo que ordena, que todo individuo sea obediente a las potestades sublimes”⁴⁰. Al sistema republicano se entraba a obedecer, a razonar, y a trabajar. “Las pasiones, como te he dicho, son las inclinaciones viciosas de nuestra voluntad, que apartándose de lo que dicta la recta razón, ocasionan todas las desgracias que afligen al hombre. Para evitarlas, [...], debes poner especial cuidado en huir de la ociosidad, que (según dice el refrán) es la madre de todos los vicios, y aplicarte a cosas útiles y loables [...]. No has nacido para divertirme, sino para ocupar útilmente el tiempo de tu habitación sobre la tierra, cumpliendo con las obligaciones de tu estado”⁴¹. La pedagogía de Cienfuegos recuerda las convenciones morales del estoicismo latino imperial que había forjado el orden y la

³⁵ Collier, *Ideas y política...*, 312.

³⁶ Pinto, Valdivia, *¿Chilenos todos?...*, 177.

³⁷ Patrick Puigmal, Raúl Núñez, «La imagen de Chile y de los chilenos a través de los escritos de la oficialidad napoleónica durante la Independencia 1817-1830», *Alpha* 31 (2010): 243-255.

³⁸ Amunátegui, *La crónica de 1810...*, II, 196.

³⁹ *Ibíd.*, I, 355.

⁴⁰ José Ignacio Cienfuegos, *Catón cristiano-político para el uso de las escuelas de la República de Chile* (Santiago, Imprenta y Librería del Mercurio, 1859), 4-5, 7.

⁴¹ *Ibíd.*, 23-24, 43.

catequesis colonial⁴². El cáustico Diego Portales se permitió esta semblanza del autor del *Catón cristiano-político*: “Véalo Ud., siempre ocupado de sí mismo y de sus conversaciones con el Papa [...] puedo asegurar que a más de torpe es leso, muy leso, ridículo y muy acreedor al epíteto de Ña Tomasita, con que es conocido”⁴³.

¿Tendrían cabida emociones como el amor y su expresión libre, aspecto sin duda relacionado con la alegría y el buen humor, en el ánimo de los fundadores de la República? ⁴⁴ La preocupación por el orden público fue determinante. Camilo Henríquez censura a los “pueblos supersticiosos” que “gustan de tramoyas de enamoramientos”⁴⁵. Juan Egaña encomió en un melodrama a una joven capaz de dejar a su amante por obedecer a su esposo y a su padre. El deber tenía que vencer al amor. Atribulado, su amante le queja a la heroína: “¿Qué significa ese semblante serio? / Ese frío mirar?, esa entereza? / ¿Quién me quitó, señora, tu ternera?” Ella le responde: “El orden soberano de los dioses, / Para siempre mudó nuestros destinos. / Obedece el decreto aunque te agobia: / El cielo te lo manda, y no Zenobia”⁴⁶. El amor fue desechado como un ímpetu caprichoso y funesto. Dice *El Argos de Chile* en 1818: “[El amor] está sujeto al capricho, y se minora con el tiempo; [...]; el amor es ligero en sus halagos, y funesto en sus aventuras; [...]”⁴⁷. Cuando Camilo Henríquez se toma la libertad de publicar un poema de amor de Bernardo de Vera y Pintado en el *Mercurio de Chile*, el autor del himno nacional protesta contrariado: “[Ya] pasó el tiempo en que pudiese dispensarse a la edad irreflexiva hacer alarde de [estar enamorado] que en todos tiempos debe disimularse por una buena moral y educación en respeto a las virtudes públicas, para las cuales no son la mejor lección ediciones de esta clase. Permita V. pues esta protesta en su periódico”⁴⁸.

Más que el amor la elite de la Independencia promovió la lucha, o la franca odiosidad, por supuesto contra los españoles. Según *El Censor de la Revolución* en 1820: “Es justo alabar a nuestros Gobiernos por el celo con que en general han hecho la guerra a los enemigos de la prosperidad del país, fomentando especialmente al principio, el odio contra los españoles, [...]”⁴⁹. Lo que se fomentó fue, como se dijo en 1825 o 1836, el “amor al orden y a las instituciones”.

⁴² Max Pohlenz, *La Stoa. Storia di un movimento spirituale* (Milano: Il Pensiero Occidentale, 2012).

⁴³ Francisco A. Encina, *Portales. Introducción a la historia de la época de Diego Portales (1830-1891)* (Santiago: Nascimento, 1964), I, 144.

⁴⁴ Maximiliano Salinas, «De Atenea a Afrodita: La risa y el amor en la cultura chilena», *Atenea*, 495 (2007): 13-34.

⁴⁵ Así escribió en la *Aurora de Chile* en 1812, Agustín Edwards, *Camilo Henríquez* (Santiago: Prensas de la Universidad de Chile, 1934), 20.

⁴⁶ Juan Egaña, *Ocios filosóficos y poéticos en la Quinta de las Delicias* (Londres: Impreso por Manuel Calero, 1829), 141-142.

⁴⁷ *El Argos de Chile* (Santiago, 4 de junio de 1818).

⁴⁸ *Mercurio de Chile* (16 de octubre de 1822). El poema narraba las cuitas de un amante desdichado: “El veneno con que mata / la ingrata que tanto quiero / por lo activo no intimida / como aflige por lo lento. /... / Invoco ansioso la muerte / etc”, *Mercurio de Chile* (5 de octubre de 1822).

⁴⁹ *El Censor de la Revolución* (Santiago, 30 de abril de 1820). ¿Contribuyó la Revolución a inculcar sentimientos odiosos y criminales en las poblaciones de América del Sur? Al respecto la observación del científico francés Alcide D’Orbigny

El presidente Joaquín Prieto lo aseguró: “[El] amor al orden [...] es el distintivo de una inmensa mayoría de los chilenos, [...]”⁵⁰.

Como gesta de empresarios y comerciantes, sobre todo la familia “numerosa y temible de Larraín”, en la expresión del historiador Melchor Martínez, con su afán por identificarse con el progreso de Occidente, los impulsores de la Independencia vieron a las culturas populares como poblaciones que tenían que abandonar sus usos y costumbres. Había llegado el tiempo de la prosperidad, de los negocios. En su memoria sobre la libertad de comercio, Anselmo de la Cruz, secretario del Consulado, imaginó un mundo diferente para los ‘rotos’ en 1809. Éstos “abandonarían el detestable uso del poncho, la camisa y calzones de bayeta; no andarían descalzos, ni tan andrajosos nuestros gañanes y jornaleros; y viéndose ellos mismos mejor portados, se contendrían, no se abandonarían como brutos a cuanto desorden sugiera la mala inclinación”⁵¹. Integrados al consumo y a la propiedad individual se tornarían estoicos y serios ciudadanos. Hasta mediados del siglo, sin embargo, los ‘rotos’ no obtendrán gran cosa, como señaló Santiago Arcos en 1852: “De los ricos es y ha sido desde la Independencia el gobierno. Los pobres [...] en la República no han contado para nada, han gozado de la gloriosa Independencia tanto como los caballos que en Chacabuco y Maipú cargaron a las tropas del rey”⁵². Dividida a poco andar la elite entre pelucones y pipiolos, el pueblo los miró con indiferencia y optó por reírse de ellos: “Los pelucones aseguraban a los pobres el sosiego...¿Y los pipiolos que les ofrecían? Obligarlos a servir por poca paga [...]. Bien hicieron los pobres en reírse de ambos partidos”⁵³.

Lo que no estaba permitido era reírse. La elite republicana optó por un estilo de vida espartano. El general Luis de la Cruz aconsejó a Bernardo O’Higgins en 1817: “Fuerza armada se necesita, que es la que impone terror”⁵⁴. O’Higgins, quien se imagina un dictador romano, le advirtió a José de San Martín: “Ese pueblo requiere palo de ciego; es muy revolucionario; pero luego que suena el chicote no hay quien chiste”⁵⁵.

en 1844: “Esa costumbre de asesinar no existía antes de las revoluciones que determinaron la emancipación de las Provincias Unidas. Podíase entonces ir, con la mayor seguridad, del Perú a Buenos Aires, con mulas cargadas de dinero, y el camino de Buenos Aires a Corrientes era el más seguro; pero las guerras partidistas y el carácter un tanto sanguinario de la casta de los gauchos o pastores, acostumbrados a la sangre, desarrollaron en ellos los gérmenes del pillaje y los han hecho tan indiferentes a la muerte de un hombre como a la de los animales que están acostumbrados a sacrificar”, Alcide D’Orbigny, Charles Wiener, Charles La Condamine, *Viajes por América del Sur* (Madrid: Aguilar, 1958), 237.

⁵⁰ Pinto, Valdivia, *¿Chilenos todos?...*, 143, 254, 329.

⁵¹ Amunátegui, *La crónica de 1810...*, I, 105-106.

⁵² Santiago Arcos, «Carta a Francisco Bilbao, 29 de octubre de 1852», en *Estructura social de Chile*, Hernán Godoy (Santiago: Editorial Universitaria, 1971), 205.

⁵³ Godoy, *Estructura social de Chile...*, 207.

⁵⁴ Pinto, Valdivia, *¿Chilenos todos?...*, 112.

⁵⁵ De la Cruz, *Epistolario de Don Bernardo O’Higgins...*, I, 111-112.

O'Higgins mandó evitar en la Navidad de 1817 “las risadas, gritería y otras acciones desordenadas e indecorosas”⁵⁶. En 1818 prohibió asimismo el tráfico de pinturas o figuras “escandalosas e inhonestas”, y el establecimiento de “ramadas” en la Navidad⁵⁷. Las procesiones religiosas debieron excluir la presencia de coscorobas o “negros vestidos con trajes ridículos”⁵⁸. En 1819 suprimió las procesiones religiosas nocturnas argumentando que éstas no eran serias, pudiendo ser acusadas como “títeres eclesiásticos”, o “recreaciones a lo divino”⁵⁹. En 1821 prohibió el carnaval. Y se cuidó de tener a raya, hasta su eliminación física, a personajes díscolos y cercanos a las costumbres del ‘populacho’ como Manuel Rodríguez⁶⁰. Para O'Higgins y su círculo íntimo Rodríguez era nada más que un salteador, un ladrón⁶¹. En 1822, por su intermedio, ya se había abolido la fiesta popular de San Pedro en Valparaíso⁶².

Juan Egaña prohibió la producción y venta de “chichas” y “ponche”⁶³. Pulperías y chinganas fueron sometidas a la ley marcial⁶⁴. En 1823 *El Tizón Republicano*, periódico ‘pipiolo’, instaba a venerar la religión sin el acompañamiento ridículo de “cascabeles y zarandajas”⁶⁵. El Gobierno amenazó, al año siguiente, con castigar el “verter o cantar palabras o canciones obscenas o escandalosas”⁶⁶. En 1829 se prohibieron los pregones de los vendedores callejeros⁶⁷. El periódico *El Araucano* en 1831 se congratuló porque en la celebración del 18 de septiembre de ese año “no se vio un ebrio, no se percibió el más pequeño motivo de desorden, no se oyó una palabra indecorosa”⁶⁸.

⁵⁶ León, *Ni patriotas...*, 786.

⁵⁷ Sergio Fernández Larraín, *O'Higgins* (Santiago: Orbe, 1974), 88; *Boletín de las Leyes i decretos del gobierno 1817-1818* (Santiago: Imprenta Nacional, 1898), 373-374, 403.

⁵⁸ Amunátegui Solar, *La Revolución...*, 99.

⁵⁹ «Una tentativa para reglamentar las procesiones. Carta de Joaquín Echeverría al gobernador del Obispado, 1819», en *Revista Chilena*, XLIII (1921): 324-325.

⁶⁰ Maximiliano Salinas, «¡En tiempo de chaya nadie se enoja! La fiesta popular del Carnaval en Santiago de Chile 1880-1910», *Mapocho* 50 (2001): 321-322; Maximiliano Salinas, «El espíritu carnavalesco y la defensa de la tierra: las poesías populares sobre Manuel Rodríguez, el guerrillero de la Independencia de Chile», *Caravelle* 88 (2007), 31-47.

⁶¹ Guillermo Feliú Cruz, *Conversaciones históricas de Claudio Gay* (Santiago: Andrés Bello, 1965), 215-218.

⁶² “A mi juicio, no debiera haberse abolido la festividad de San Pedro, que tan peculiarmente se adapta a un sitio que está junto al mar”: María Graham, *Diario de mi residencia en Chile en 1822* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1953), 67. Sobre la dictadura de O'Higgins, Juan Luis Ossa-Santa Cruz, «El gobierno de Bernardo O'Higgins visto a través de cinco agentes estadounidenses, 1817-1823», *Co-herencia* 13, 25 (2016), 139-166.

⁶³ Domingo Amunátegui Solar, *Los próceres de la Independencia de Chile* (Santiago: Balcells, 1945), 240.

⁶⁴ Leonardo León, «Reclutas forzados y desertores de la patria: el bajo pueblo en la guerra de la Independencia 1810-1814», *Historia* 35 (2002): 260.

⁶⁵ Pinto, Valdivia, *¿Chilenos todos?...*, 194.

⁶⁶ *Ibidem*, 189.

⁶⁷ El cabildo de Santiago prohibió el pregón de los aguateros en 1829: “¡Agua, agüita, agüita clarita, clarita la agüita, fresquita la agüita, la buena agüita...!”, Guillermo Feliú Cruz, *Santiago a comienzos del siglo XIX. Crónicas de los viajeros* (Santiago: Andrés Bello, 1970), 146.

⁶⁸ Pinto, Valdivia, *¿Chilenos todos?...*, 256.

El ideal fue reconocerse en la sobriedad de la Antigüedad grecorromana⁶⁹. En 1812 el espacio público de la celebración del 18 de septiembre en la capital se cubrió de frases latinas incomprensibles para el vulgo: “Aurora libertatis chilensis”, “Umbris et nocti, lux et libertas succedunt”, “Post tenebras lux”, “Aut Consiliis aut Ense”, “Desiderium libertatis omnibus licitum est”, “Salus populi suprema lex est”⁷⁰. José Joaquín de Mora enseñaba en su Liceo de Chile autores latinos e historia griega. Era el programa de la introducción mental y espiritual a un Occidente decoroso, sumiso y virtuoso⁷¹. Pueden aplicarse al caso las observaciones del historiador Georges Duby: “El discurso de los antiguos ya no incitó al humanismo libertino y tierno. Exhortó a la virtud. Habló de obediencia, de orden impuesto [...]. De tal modo, se realizó una selección entre los recuerdos del pasado mediterráneo. Terminó tendiendo sobre los placeres de la vida la pantalla de un proyecto de sociedad moralizada, sumisa, concentrada toda ella –[...]– bajo los ojos de un amo cuyo oficio consistió en verlo todo, regirlo todo, reprimirlo todo”⁷².

La Independencia fue un tiempo de guerra. Esto aumentó la actitud espartana. Juan Martínez de Rozas estimaba que tres cosas se debían atender para gobernar bien el país: “guerra, guerra y guerra”⁷³. Los monarquistas invocaban a San Miguel Arcángel, “Príncipe General de los Ejércitos del Cielo”⁷⁴. En 1812 advierten los patriotas: “[Cada] ciudadano es un guerrero para sostener los derechos de la sociedad”⁷⁵. En 1813 O’Higgins, con su espíritu militarista, se transporta a las guerras de la Antigüedad clásica: “Cual después de la muerte de Epaminondas, ha quedado nuestra desgraciada Tebas vacilante en sus destinos”. Cuando lo obligaron a abdicar se comparó en carta a Simón Bolívar con los generales Aníbal y Escipión, este último general romano de la Segunda Guerra Púnica: “Un pago igual al que recibieron de sus Repúblicas Aníbal y Scipion me ha separado del mando”⁷⁶. José de San Martín alentó durante la preparación del Ejército Libertador “un espíritu bélico tan acentuado, que hasta los niños de las escuelas tenían ejercicios de armas”⁷⁷ Lord Cochrane expresó en 1823: “Chilenos; vosotros sabeis que la Independencia

⁶⁹ María Gabriela Huidobro Salazar, «Clásicos grecorromanos en tiempos de la independencia de Chile: autores, libros e influencias», *Iberoamericana* 17, n° 64 (2017): 129-146.

⁷⁰ Talavera, *Revoluciones de Chile*, 647-648.

⁷¹ Miguel Luis Amunátegui, *Don José Joaquín de Mora. Apuntes biográficos* (Santiago: Imprenta Nacional, 1888), 147-148.

⁷² Fernand Braudel, Georges Duby, coords., *El Mediterráneo. Los hombres y su herencia* (México: Fondo de Cultura Económica, 1992), 180.

⁷³ Feliú Cruz, *Conversaciones con Claudio Gay...*, 24.

⁷⁴ Jaime Valenzuela Márquez, «Los franciscanos de Chillán y la Independencia: avatares de una comunidad monarquista», *Historia* 38, n° I (2005): 113-158.

⁷⁵ *Aurora de Chile*, 23 de julio de 1812, en Pinto, Valdivia, *¿Chilenos todos?...*, 56.

⁷⁶ De la Cruz, *Epistolario de Don Bernardo O’Higgins...*, I, 43; II, 216. Sobre la admiración de O’Higgins por la Antigüedad griega, ver su despedida a los chilenos al marcharse al Perú. Les pide que adopten las instituciones republicanas “con aquella deferencia generosa que prestaron a Solón todos los partidos que devoraban a Atenas”, Jaime Eyzaguirre, *O’Higgins* (Santiago: Zig-Zag, 1950), 394.

⁷⁷ Eyzaguirre, *O’Higgins...*, 164.

se logra a la punta de la bayoneta”⁷⁸. Agustín de Eyzaguirre dijo en 1813: “[Nuestra] infantería entró a bayoneta calada esparciendo por todas partes el terror y la muerte”.⁷⁹ En 1837 Bernardo O’Higgins se refirió a “la feroz y sanguinaria lucha por la Independencia”⁸⁰. La batalla de Maipú en 1818 fue un ejemplo. Comentó el comerciante británico Samuel Haigh: “La carnicería fue grandísima y me decían algunos oficiales que habían servido en Europa, que nunca presenciaron nada más sangriento que lo ocurrido en esta parte del campo de batalla [...] los corredores, paredes y pisos, con porciones de sesos y coágulos y salpicaduras de sangre, y todo el lugar, por dentro y fuera, cubierto de cadáveres [en la hacienda de Lo Espejo]... La carnicería, considerado el número de los combatientes, fue inmensa; de doce mil hombres tres mil quedaron fuera de combate”⁸¹. Benjamín Vicuña Mackenna admitió 1.800 cadáveres por ambos bandos. En Maipú “fueron sepultados y quemados en piras alternadas de ramas y cadáveres, mil realistas y ochocientos soldados del ejército unido”⁸². La batalla de Maipú trastornó la calma dominical del 5 de abril de 1818. Según los viajeros de la época: “Era esta la mañana del domingo 5 de abril, la más deliciosa época del año en Chile; ni una nube obscurecía el azul brillante y eterno del cielo; los pájaros trinaban y la fragancia de los naranjos esparcía un exquisito perfume en la brisa; sentíase en el ambiente la balsámica dulzura peculiar a este clima; las campanas tocaban a misa y una religiosa sensación dominaba los sentidos, junto con la santidad del día; parecía un sacrilegio que tan amable reposo fuese turbado por el ruido turbulento de la batalla”⁸³.

El clima de enemistad fue algo inusitado para la sociabilidad popular de Chile. La vida cotidiana del pueblo campesino sabía disfrutar de la vida. Mary Graham constata en 1822: “Jamás he visto un caserío más miserable que el de la Rinconada. Sus habitantes, sin embargo, me hacían notar la hermosa vista de que gozan entre el Océano y los Andes cubiertos de nieve y ponderaban el placer de dar un paseo por los cerros en la tarde de un día de fiesta; mostrábanme su estero de suave y tranquila corriente y sus viejas higueras, invitándome a volver ‘cuando los higos estuviesen maduros y las flores se miraran en el estero’”⁸⁴. ¿Cuánta incumbencia podía tener el pueblo en la guerra? En 1811 comprobó el Congreso Nacional: “En las casas y aun en los campos se encuentran muchas espadas y sables, cuyos dueños hacen mal uso de ellas o las tienen abandonadas; igualmente hay escopetas y pistolas que por falta de afición o la dificultad de componerlas están tiradas y miradas con desprecio”⁸⁵. En 1819 se informó desde Rancagua:

⁷⁸ *Mercurio de Chile*, 6 de febrero de 1823.

⁷⁹ León, *Ni patriotas...*, 187.

⁸⁰ Collier, *Ideas y política...*, 343.

⁸¹ Samuel Haigh, *Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú [1831]* (Buenos Aires: Yapeyú, 1950), 119-120, 126.

⁸² Benjamín Vicuña Mackenna, *La batalla de Maipo contada al pueblo según nuevos datos [1877]* (Santiago: Imprenta Chile, 1918), 61.

⁸³ Samuel Haigh, Alejandro Caldclough, Max Radiguet, *Viajeros en Chile 1817-1847* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1955), 72.

⁸⁴ Graham, *Diario de mi residencia en Chile...*, 48-49.

⁸⁵ León, *Ni patriotas...*, 201.

“[Las] gentes de los poblados y campos, en cuanto oyen recluta, o ven tomar a un hombre, fugan a los montes y serranías de donde es difícil extraerlos”⁸⁶.

Como disciplinamiento cultural y militar, la Independencia instala la ‘seriedad de la muerte’ (Max Weber), apenas comprensible para una sensibilidad popular extraña ante las hazañas del Estado. ¿De qué manera podían reconocerla los ‘rotos’ o los ‘huasos’? En 1877 Benjamín Vicuña Mackenna tacha de ignorantes a los campesinos de Maipú, el lugar de la batalla decisiva de la Independencia: “El campesino de Chile, mitad siervo todavía, no alcanza a medir la intensidad de aquellas luchas, ni a darse cuenta sino a medias del alcance de aquellas victorias de la libertad. La niebla de su profunda ignorancia apaga su memoria, y los nietos de los que presenciaron desde la histórica colina de Espejo la batalla de Maipú, apenas disciernen hoy que esa fue una pelea entre los ‘abajinos y arribanos’”⁸⁷.

La elite republicana, en cambio, selló su olímpica representación. En 1829 en la Plaza de Armas de Santiago -llamada así desde 1825- se levantó una pirámide donde el presidente Francisco Antonio Pinto apareció en una corona cívica sostenida por el dios Marte y la diosa Atenea⁸⁸. Vicuña Mackenna retrató al dictador O’Higgins en 1882: “El general O’Higgins conservaba siempre algo de la frialdad y de la medida del gentleman inglés”⁸⁹. Su tío, el general Manuel Riquelme, declara en 1854: “Desde muy niño manifestó mucha circunspección; jamás se juntaba con otros traviosos; era muy dedicado a la escuela [...]. Puedo asegurarle a Ud. que fue tan mesurado, que aun hallándose a la edad de 28 años, nunca entró ni admitió conversaciones obscenas, y cuando alguno de sus amigos le hacía encomios de una buena moza, sólo se reía por no disgustarlo; tal era su moderación”⁹⁰. El general José María de la Cruz recordó a O’Higgins: “[Serio] por temperamento, que aunque amable en su trato privado, tal cualidad no le repara la carencia de genio alegre y festivo que tanto halaga y atrae a los demás hombres, a O’Higgins para apreciarlo y quererlo era necesario tratarlo de cerca y conocerlo”⁹¹.

Juan Egaña, letrado monarquista y después republicano, no fue un hombre de temperamento festivo, menos cómico. A su hijo Mariano se quejaba en 1824 de pasar “unas noches tristísimas”, junto con confesarle que “todo lo temo del tiempo y de la mudanza”⁹². Para el moralista de la elite, todo se ponía en especial triste –“el estado actual de este pueblo es tristísimo”- por la presencia desgraciada de lo que él llamaba “los papeles irreligiosos”, esto es, la crítica al

⁸⁶ *Ibíd*em, 578.

⁸⁷ Vicuña Mackenna, *La batalla de Maipo contada...*, 60.

⁸⁸ Miguel Luis Amunátegui, *Don José Joaquín de Mora. Apuntes biográficos* (Santiago: Imprenta Nacional, 1888), 129.

⁸⁹ Benjamín Vicuña Mackenna, *Vida del capitán general de Chile don Bernardo O’Higgins* (Santiago: Rafael Jover, 1882), 895.

⁹⁰ Feliú Cruz, *Conversaciones históricas...*, 287-288.

⁹¹ *Ibíd*em, 275-276.

⁹² Carta de Juan Egaña a su hijo Mariano, 5 de mayo de 1824 y 6 de mayo de 1824, Juan Egaña, *Cartas de Juan Egaña a su hijo Mariano 1824-1828* (Santiago: Sociedad de Bibliófilos Chilenos, 1946), 29-30.

monoteísmo político del Estado⁹³. Su hijo no lo pasaba mejor. Le escribió, falto de salud, a su padre: “Estoy enfermo y de una enfermedad que Ud. conoce demasiado, el flato. No es de peligro; pero sí de amargura y desconsuelo”⁹⁴.

La imagen de la elite independentista quedó retratada por el artista José Gil de Castro. Sus pinturas revelan la representación de una clase dominante ensimismada. Muy cercano a Bernardo O’Higgins, da a conocer el arte oficial de la revolución, distante de las manifestaciones estéticas del pueblo: “[El] eje de simetría que divide el cuadro en dos partes iguales, propone un orden visual, un rigor plástico que recuerda la cercanía del artista con la pintura colonial. Este orden y rigor sugieren un marcado equilibrio espacial que contribuye a crear una atmósfera de reposo, de quietud, en la que participan los personajes retratados.”⁹⁵ El pintor de la Independencia, a quien le gustó reconocerse a sí mismo como un militar, retrató con deleite a los héroes de la guerra: “Admirador de las doraduras, de las charreteras militares, se siente más a sus anchas cuando retrata personajes uniformados”⁹⁶.

Aspectos de la cultura cómica popular

¿Qué alcance tuvo la risa y el buen humor en la época de la Independencia? ¿Se rieron los contemporáneos de sus protagonistas? ¿Cómo vivió este proceso el pueblo desde su cultura y sensibilidad cómicas?⁹⁷. Hubo personajes de la elite que, distanciándose de sus formas establecidas destacaron, como José Miguel Carrera, por “su carácter festivo y travieso, su donairoso conversación sazónada de pullas gaditanas”, y su “sonora carcajada”, como expresa Vicente Pérez Rosales⁹⁸. Con alardes transgresores y tumultuosos habría favorecido decididamente “el entusiasmo de la plebe”⁹⁹. El obispo de Concepción lo denunció como “un hombre que se mofaba de la Providencia, que huía de sus templos, se reía de los dogmas más sagrados, era el apóstol de la impiedad, y el predicador eterno entre vuestra incauta juventud de toda suerte de abominaciones y liviandades”¹⁰⁰. En 1821 se atribuyó a Carrera una caricatura

⁹³ Carta de Juan Egaña a su hijo Mariano, 25 de octubre de 1824, en Egaña, *Cartas...*, 73.

⁹⁴ Carta de Mariano Egaña a su padre, 18 de febrero de 1825, Mariano Egaña, *Cartas a su padre 1824-1829* (Santiago: Nascimento, 1948), 56.

⁹⁵ Gaspar Galaz, Milan Ivelic, *La pintura en Chile. Desde José Gil de Castro hasta Juan Francisco González* (Santiago: Ediciones Extensión Universitaria, 1975), 39.

⁹⁶ Ricardo Bindis, *La pintura chilena desde Gil de Castro hasta nuestros días* (Santiago: Morgan Marinetti, 1984), 14.

⁹⁷ La prohibición de la risa en el cristianismo medieval, Jacques Le Goff, «¿Reía Jesús?», en *Una larga Edad Media*, Jacques Le Goff (Barcelona: Paidós, 2008), 193-198; Maximiliano Salinas, *La risa de Gabriela Mistral. Una historia cultural del humor en Chile e Iberoamérica* (Santiago: LOM, 2010).

⁹⁸ Vicente Pérez Rosales, *Recuerdos del pasado, 1814-1860* (Santiago: Zig-Zag, 1958), 48-49. Dice el autor: “[Tuvo] don José Miguel en la antesala de casa una acalorada bien que amigable discusión con mi madre, doña Mercedes Rosales. Procuraba éste tranquilizarla, desvirtuando con alegres chistes las serias reflexiones que le señora le dirigía”, Pérez Rosales, *Recuerdos...*, 49.

⁹⁹ Pinto, Valdivia, *¿Chilenos todos?...*, 33.

¹⁰⁰ Diego Antonio Navarro Martín de Villodres, *Carta pastoral a todos los fieles así eclesiásticos como seculares de su diócesis* (Lima: Imprenta de los Huérfanos, 1814), 16.

donde José de San Martín aparece montado encima de un burro con la cara de Bernardo O'Higgins¹⁰¹. De su convivencia con los indígenas de Argentina se han obtenido fórmulas enigmáticas, pero festivas, incluso cómicas: "Nuestros, juntos, sabios, el Sol y el Rey [...], cuidando los toldos. La fiesta, la tierra, los potros, la risa"¹⁰². Manuel Rodríguez representó, mucho más, el lado opuesto de la gravedad oligárquica. En tonos burlescos y sarcásticos se refirió tanto a la elite como a las clases medias de su país, por su afán pomposo y arribista. Ridiculizó el orden establecido, a partir del conocimiento que tenía de la vida popular de "rotos, chinas y chinganas"¹⁰³. Fue la antítesis de Bernardo O'Higgins, un hombre en todo sentido ajeno, por origen y educación, a la sociabilidad popular chilena: "Este hombre obeso y de pocas palabras no fue nunca del agrado del guerrillero. Estaban destinados a no entenderse. Uno era la fuerza libre de la naturaleza, el desborde rico de los ímpetus espontáneos; el otro significaba la sumisión a las normas consagradas y a las razones de estado"¹⁰⁴. Consta que Bernardo Vera y Pintado derrochó su ingenio poético entreteniéndolo a sus cercanos con invectivas y sátiras revolucionarias en 1810. En un banquete en casa del conde de la Conquista "mantuvo la carcajada permanente con sátiras en verso y oportunas salidas"¹⁰⁵. Por cierto, los devotos de la monarquía tuvieron menos motivos para la risa, como se advierte en el espíritu compungido del historiador de la revolución Melchor Martínez¹⁰⁶.

La cultura cómica popular de la época sí se desplegó de manera destacada, dispuesta a reírse de lo que fuese, y a no tomar demasiado en serio los acontecimientos de la elite, como tampoco a sí misma. En tabernas y chinganas el pueblo transformaba los hechos de la alta sociedad en motivo de chascarros y sátiras. Esta tendencia a festinar del mundo popular le permitió burlarse de instituciones y personas que estaban en la cúspide de la sociedad colonial¹⁰⁷. En 1838 la visita episcopal de monseñor Manuel Vicuña consignó un hecho cotidiano: "[Vimos] un hombre en traje de campesino que estaba afirmado en un sable mohoso y le preguntamos qué hacía; más él riéndose a carcajadas de sí mismo dijo: 'soy centinela'"¹⁰⁸. ¿Hasta qué punto valió la pena embarcarse en la causa de la Independencia? Una mujer valdiviana, María Nicolasa González,

¹⁰¹ Jorge Montealegre, *Historia del humor gráfico en Chile* (Lleida: Editorial Milenio, 2008).

¹⁰² Carlos Martínez Sarasola, *Nuestros paisanos los indios. Vida, historia y destino de las comunidades indígenas en la Argentina* (Buenos Aires: Emecé, 1992), 200.

¹⁰³ Ricardo Latcham, *Manuel Rodríguez* (Santiago: Nascimento, 1975).

¹⁰⁴ *Ibidem*, 85. "O'Higgins [...] no veía en Rodríguez más que un anarquista irreductible"; Jaime Eyzaguirre, *O'Higgins* (Santiago: Zig-Zag, 1946), 229.

¹⁰⁵ Jaime Eyzaguirre, *El Conde de la Conquista* (Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1951), 191.

¹⁰⁶ Melchor Martínez, *Memoria histórica sobre la revolución de Chile desde el cautiverio de Fernando VII hasta 1814* (Santiago: Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1964).

¹⁰⁷ Juan Eduardo Vargas, «Las reacciones chilenas ante los sucesos de España», en *Historia de la república de Chile. Vol. 1. El fin de la monarquía y los orígenes de la república, 1808-1826*, ed. por Fernando Silva Vargas, Juan Eduardo Vargas (Santiago: Zig-Zag, 2013), 182.

¹⁰⁸ Diario de la visita episcopal de Manuel Vicuña en 1838, en Rafael Valentín Valdivieso, *Obras científicas y literarias*, (Santiago: Imprenta San Buenaventura, 1904), III, 1255.

instó a su amado, el cabo primero Luis Cárcamo a desertar del ejército patriota en 1817: “[En] una de esas ocasiones, le dijo ella que por qué no se pasan a Talcahuano, que qué conveniencias le resultaban de estar sirviendo a la Patria, que se fuese con ella, que allí tenía un hijo”¹⁰⁹.

Los aspectos jocosos de la cultura popular se podían apreciar en “las saladísimas tocatas del país”¹¹⁰. O en los animados bailes populares, especialmente los llamados de “chicoteo”, o de pareja suelta, como la ‘zamba’ o el ‘abuelito’, bailes de la tierra¹¹¹. El pueblo se reía hasta de la muerte. María Graham escuchó este ‘cuándo’, canción popular de chingana, en 1822:

“Cuándo yo me muera,
no me lloren los parientes,
llórenme los alambiques
donde sacan aguardientes”¹¹².

El pueblo había sabido reírse siempre de sus dominadores¹¹³. Durante las celebraciones tradicionales de Semana Santa se acostumbraron procesiones burlescas que relucían “la pata torcida de un judío, la joroba del otro, las narices prominentes de éste, y los ojos saltados de aquél, con grande risa de la muchedumbre y no poca mortificación de los hombres sensatos”¹¹⁴. Era la forma de desquitarse de los ambiciosos, los encumbrados, con sus signos de poder. La tradicional ‘cueca de los borrachos’ alude a uno de los emblemas de la época de la Independencia:

“¡Me gusta Valparaíso, ay sí, sí,
Y la flor de la Verbena, ay no, no,
Más me gustan tus ojitos, ay sí, sí,
Que la bandera chilena, ay no, no!”¹¹⁵.

En los teatros de la época, o lugares de representación de comedias y sainetes, el pueblo se reía a destajo. En 1799 José de Cos Iriberry prevenía en “hacer reír al Pueblo recurriendo a aquellos Sainetes llenos de torpes necedades que lejos de corregir al Pueblo o vulgo, lo hacen

¹⁰⁹ León, *Ni patriotas...*, 446. También Pinto, Valdivia, *¿Chilenos todos?...*, 115-116.

¹¹⁰ Talavera, *Revoluciones de Chile...*, 20. Acerca de la cultura festiva y lúdica del pueblo en el Chile hispano colonial, Alejandra Araya, *Ociosos, vagabundos y malentretenidos en Chile colonial* (Santiago: Dibam, 1999).

¹¹¹ Eugenio Pereira Salas, *Danzas y cantos populares de la Patria Vieja* (Santiago: Prensas de la Universidad de Chile, 1938), 58-76.

¹¹² Con la nueva influencia cultural europea estas canciones dejaron de ser interpretadas por las elites, Graham, *Diario de mi residencia...*, 125.

¹¹³ Luis Beltrán Almería, *La imaginación literaria: la seriedad y la risa en la literatura occidental* (Barcelona: Montesinos, 2002).

¹¹⁴ «Crónica de Semana Santa», *El Progreso*, Santiago, 15 de marzo de 1843.

¹¹⁵ Antonio Acevedo Hernández, “Un 18 típico”, Juan Uribe Echevarría, *Antología para el Sesquicentenario 1810-1960*, (Santiago: Editorial Universitaria, 1960), 231.

cada vez más insolente, desatento y grosero”¹¹⁶. En 1816 Casimiro Marcó del Pont prohibió “todo desorden y juego risible en la Casa de Comedias”¹¹⁷. En la época se representaban “farsas grotescas y licenciosas que atacaban al clero”. Un conocido actor, Morante, “se presentaba vestido de traje cardenalicio, repartiendo burlescas bendiciones”¹¹⁸. Un trovador popular de la época de la Independencia, “conocido con el sobrenombre de La Monona, por una tonada que a diario se le pedía cantase, compuso tal número de versos satíricos, con alusiones a las monjas y frailes, que los priores y abadesas hubieron de preocuparse del asunto, y se valieron de sus influencias para que se encerrase al infeliz cantor en la Casa de Corrección. Pronto fue sacado de allí por intermedio de un cacique araucano llamado Venancio que se hallaba en Santiago y se había entretenido con el cantor”¹¹⁹. El teatro popular de la época de la Independencia formó parte de la festiva y cómica vida de la *chingana*¹²⁰. En la Plaza de Armas de Santiago, hacia 1829, “una alegre moza se entretenía en lanzar dichos agudos a los conocidos que pasaban por la calle, o en arrojar sobre la vereda cáscaras de fruta para ver resbalarse a los transeúntes”¹²¹.

Tras la victoria de Chacabuco el pueblo, dispuesto a la jarana y a reírse de quien fuese, especialmente de los mandones de siempre, los ‘godos’, asaltó las casas de la oligarquía santiaguina, y se burló del fraile mercedario José María Romo, quien había jurado que las fuerzas del rey jamás serían vencidas¹²². En Chillán los frailes monarquistas constataron que el pueblo los trataba, entre otros epítetos, de zánganos, todo dicho como “bufonada de pura diversión”¹²³. En 1817 las autoridades ordenaron que se asegurara en Valparaíso el equipaje del último gobernador español “para que esta canalla no se divierta a costa de Marcó”¹²⁴. Los niños jugaban en la calle cantando las coplas burlescas de una danza popular:

“Zapato blanco,
La media caña,
La culpa tiene
Don Juan Egaña”¹²⁵.

¹¹⁶ Eugenio Pereira Salas, *El teatro en Santiago del Nuevo Extremo 1709-1809* (Santiago: Universitaria, 1941), 18.

¹¹⁷ León, *Ni patriotas...*, 313.

¹¹⁸ Carlos Peña Otaegui, «Santiago y la vida santiaguina a principios del siglo XIX (1820-1850)», *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* VIII, nº 16 (1941): 40.

¹¹⁹ Eugenio Pereira Salas, *Los orígenes del arte musical en Chile* (Santiago: Universitaria, 1941), 253.

¹²⁰ Si no hubiera sido por el empresario Domingo Arteaga, señala Pérez Rosales, “quién sabe cuánto tiempo más hubiéramos tenido que pasar contentándonos con simples teatros como el de la *chingana de ña Borja*.” Pérez Rosales, *Recuerdos...*, 40. Arteaga instaló un Coliseo en 1827. Para ello solicitó el cierre de las chinganas los domingos en la noche, Pablo Garrido, *Historial de la cueca* (Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1979), 187-188.

¹²¹ Daniel Barros Grez, «La Plaza de Armas en 1829», Ricardo A. Latcham, *Estampas del Nuevo Extremo. Antología de Santiago 1541-1941* (Santiago: Nascimento, 1941), 167.

¹²² Diego Barros Arana, *Historia general de Chile* (Santiago: Imprenta Cervantes, 1889), X, 617-618.

¹²³ Valenzuela, «Los franciscanos de Chillán y la Independencia: avatares de una comunidad monarquista», 113-158.

¹²⁴ León, *Ni patriotas...*, 394.

¹²⁵ Oreste Plath, *Folklore chileno* (Santiago, Nascimento, 1969), 176.

Su hijo Mariano fue conocido jocosamente como ‘Lord Callampa’¹²⁶. Los cantos y danzas populares alentaban la risa frente a las necedades humanas. Un ‘aire’ tradicional decía así:

“Aire, airé, airé
Yo del tonto me reiré
Aire, airé airó
Del tonto me río yo”¹²⁷.

En *Durante la Reconquista* Alberto Blest Gana destaca la figura de personajes jocosos populares de la época de la Independencia. Uno de ellos, el mulato José Retamo, ‘Callana’, disfruta burlándose de los magnates santiaguinos: “[Como] su popularidad le había hecho llegar a poder tomarse toda especie de libertades con los caballeros de sangre azul, daba rienda suelta a su espíritu picaresco y a la latente rivalidad del hombre de color con los blancos, aprovechando toda ocasión de decir una gracia a costa de algún noble”¹²⁸. En 1843, cuando la Cámara de Diputados discutió la repatriación de los restos de Bernardo O’Higgins desde el Perú, Manuel Montt, hombre formal y circunspecto, prohibió la iniciativa. Otros, a su vez, la desecharon. El diputado Pedro Palazuelos, atento a la vida y al espíritu de la cultura popular, opinó que no era conveniente hacerlo con razones jocosas que, por desgracia, se desconocen. Benjamín Vicuña Mackenna omitió sus argumentos: “Continuó el orador cediendo a su prurito satírico y jocosos desarrollando razones burlescas que no hemos juzgado propio ni digno de esta obra transcribir íntegras”¹²⁹. Palazuelos se hizo eco de una opinión popular. El periódico *El Tricolor* de 1845, redactado por el “plebeyo Santiago Ramos, El Quebradino”, hizo hablar a un ‘roto’ que se oponía frontalmente “a traer el costal de guesos [huesos] del finao ño Oningue [O’Higgins] [...]. Si no sirben, paqe diablos qieren esas porqerías [...]”¹³⁰. Habría que examinar también en detalle las actitudes de los Mapuche en la época. Es un hecho que temieron al militar monarquista Vicente Benavides por su crueldad inhumana: “Los indios temían mucho a Benavides a causa de su maldad”¹³¹. Un intendente de ejército nombrado por Marcó del Pont, Ignacio Arangua, afirma que en una sublevación del tiempo de Ambrosio O’Higgins los indígenas “se reían mostrando su trasero a los españoles”¹³². En relación con el decreto de Bernardo O’Higgins de 1819 que los declaraba ciudadanos chilenos el misionero jesuita Mariano José Campos ha comentado: “[No]

¹²⁶ Collier, *Ideas y política...*, 308.

¹²⁷ Justo Abel Rosales, *La Cañadilla de Santiago* (Santiago: La Época, 1887), 222, en Pereira Salas, *Los orígenes del arte musical...*, 244.

¹²⁸ Alberto Blest Gana, *Durante la Reconquista* (Santiago: Zig-Zag, 1955), I, 193.

¹²⁹ Benjamín Vicuña Mackenna, *La corona del héroe. Recopilación de datos y documentos para perpetuar la memoria del General don Bernardo O’Higgins* (Santiago: Imprenta Nacional, 1872), V-XII.

¹³⁰ *El Tricolor* (Santiago: Imprenta del Pueblo, 1845), 10.

¹³¹ Feliú Cruz, *Conversaciones históricas...*, 111-112.

¹³² Feliú Cruz, *Conversaciones históricas...*, 3.

les interesaba en lo más mínimo ser chilenos y si llegaron a enterarse del decreto, me parece que deben haberse reído a carcajadas, con esa facilidad tan grande que tienen para ver el aspecto risible de cosas, personas y actitudes”¹³³.

Conclusiones

El proceso de la Independencia de Chile fue protagonizado por una elite colonial de larga duración que debió resolver la crisis del Imperio español en medio de un inestable horizonte continental. La elite, integrada por un estamento social de maciza influencia económica, política, cultural y religiosa, enfrentó la transición del sistema monárquico al republicano. Ella misma pasó de un sistema a otro. “[Los] monárquicos de 1800 fueron los patriotas de 1810 y los ciudadanos de 1830”¹³⁴. El pueblo común, niños, mujeres, campesinos, indígenas, analfabetos, no tuvo un reconocimiento público. “Posiblemente, para la gran mayoría mestiza [...] no era posible ni fácil darse cuenta por dónde se desarrollaban los acontecimientos y menos aún atisbar hacia dónde se dirigían”¹³⁵. Según Juan Francisco Meneses, clérigo realista y más tarde pelucón: “La revolución de Chile fue hecha por personas decentes [sic]. El pueblo no tomó participación alguna en ella. Fue sólo después de la batalla de Maipú cuando se popularizó la revolución”¹³⁶. Se puede admitir que la elite se desplazó al interior del horizonte cognitivo y estético de la seriedad. Evolucionó de la seriedad monárquica a la seriedad republicana, agudizando en ciertos aspectos su rigorismo mental y moral. Los ciudadanos cultos de la nación debían ser ejemplos de virtud, guardando cumplidamente decoro y honestidad, lejos del espíritu revolucionario francés, como expresaba Antonio Irisarri en *El Semanario Republicano* de 1813, “donde la licencia, la irreligión, el desenfreno y la torpeza intentaban suplir todas las virtudes”. En 1817 al abolir los títulos de nobleza Bernardo O’Higgins subraya la filosofía moral del naciente orden republicano: “El verdadero Ciudadano, el Patriota que se distinga en el cumplimiento de sus deberes, es el único que merece perpetuarse en la memoria de los hombres libres”¹³⁷. Juan Egaña rechazó comprender la revolución como “un juguete ni una escena cómica”. Era parte de su temperamento grave y su prosapia monarquista: un legislador que “se esforzaba por rodear el ejercicio del sufragio popular de artificiosas precauciones”¹³⁸.

¿Cómo se comportó en esta situación el pueblo común? Desde el siglo XVIII la elite lo caracteriza por su ociosidad, libertinaje, bailes provocativos, desenfreno de las mujeres, canto de coplas deshonestas, etc. Así lo hicieron el presidente Jáuregui en 1773 y el gobernador

¹³³ Mariano José Campos, *Nahuelbuta* (Buenos Aires: Francisco de Aguirre, 1972), 159-160.

¹³⁴ Eduardo Cavieres, *Sobre la Independencia de Chile. El fin del Antiguo Régimen y los orígenes de la representación moderna* (Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2012), 353.

¹³⁵ *Ibidem*, 118.

¹³⁶ Feliú Cruz, *Conversaciones históricas...*, 24.

¹³⁷ Cavieres, *Sobre la Independencia...*, 162.

¹³⁸ Ricardo Donoso, *Las ideas políticas en Chile* (México: Fondo de Cultura Económica, 1946), 67.

O'Higgins en 1788¹³⁹. Era la antítesis del ideal civilizador del vasallo señorial y del ciudadano burgués. Su mundo no obedece a los cauces de “buen gobierno” de la monarquía ni de la república. Más allá de las representaciones patricias, ¿cuál fue la visión del mundo del pueblo común? Se pueden reconocer en ella los rasgos éticos y culturales de sus raíces indígenas, africanas y mediterráneas (ibéricas, andaluzas, gitanas), que formaron su identidad histórica: una desconfianza frente al ideal colonial blanco, la búsqueda de una armonía social perdida con la conflictividad y odiosidad perpetuas de la minoría civilizadora europea, y un excepcional sentido del humor, tanto para concebir su propia vivir como para desafiar los requerimientos del colonizador, fuese quien fuese. El pueblo común identificó a la elite como los “godos”, casta señorial de la tierra y de las ciudades¹⁴⁰. Con probabilidad sectores del pueblo experimentaron una cierta afinidad con las expresiones independentistas más decididas y desenvueltas frente al poder de esos “godos”, en tanto representación clásica de la elite colonizadora. Esto explicaría su simpatía con las acciones osadas y ciertamente jocosas de Manuel Rodríguez¹⁴¹.

Para descifrar los modos de vida, tanto de la elite como del pueblo común en el siglo XIX, se necesita profundizar en la perspectiva de la historia cultural¹⁴². Como una de sus fuentes es oportuno visitar en detalle la literatura nacional. Alberto Blest Gana supo descifrar tanto la seriedad y la tristeza conservadora de la década de 1830, encarnada en la figura de un funcionario estatal “demasiado prudente para reírse”¹⁴³, como el espíritu colectivo del pueblo común durante la década de 1810, donde se escuchaban “las voces y risotadas en que la alegría popular desahoga el fuego de su contento y el exceso tumultuoso de su robusta vitalidad”¹⁴⁴.

Referencias

Publicaciones periódicas

Boletín de las Leyes i decretos del gobierno 1817-1818, Santiago: Imprenta Nacional, 1898.

El Argos de Chile, Santiago, 1818.

El Censor de la Revolución, Santiago, 1820.

Mercurio de Chile, Santiago, 1822, 1823.

¹³⁹ Cavieres, *Sobre la Independencia...*, 212, 217.

¹⁴⁰ Luis Thayer Ojeda, *Elementos étnicos que han intervenido en la población de Chile* (Santiago: La Ilustración, 1919), 131.

¹⁴¹ Maximiliano Salinas, «El espíritu carnavalesco y la defensa de la tierra: las poesías populares sobre Manuel Rodríguez, guerrillero de la Independencia de Chile», *Caravelle*, 88 (2007): 31-47. Una visión épica y militar de Manuel Rodríguez, desde el canon de la seriedad, Salazar, *Construcción de Estado en Chile...*, 465-472.

¹⁴² La perspectiva original y auspiciosa de Eugenio Pereira Salas, *Juegos y alegrías coloniales en Chile* (Santiago: Zig-Zag), 1947.

¹⁴³ Alberto Blest Gana, *El loco Estero: recuerdos de la niñez* (París: Garnier, 1909; Santiago: Zig-Zag, 1956), 79-83.

¹⁴⁴ Alberto Blest Gana, *Durante la Reconquista: novela histórica* (París: Garnier, 1897; Santiago: Zig-Zag, 1955), I, 14.

El Progreso, Santiago, 1843.

El Tricolor, Santiago, 1845.

Bibliografía

Amunátegui, Miguel Luis. «Camilo Henríquez». En *Galería Nacional*, editado por Narciso Desmadryl, I, 23. Santiago: Imprenta Chilena, 1854.

Amunátegui, Miguel Luis. *Don José Joaquín de Mora. Apuntes biográficos*. Santiago: Imprenta Nacional, 1888.

Amunátegui, Miguel Luis. *La alborada poética de Chile después del 18 de septiembre de 1810*. Santiago: Nacional, 1892.

Amunátegui, Miguel Luis. *La crónica de 1810*. Santiago: Barcelona, 1911-1912.

Amunátegui Solar, Domingo. *Los próceres de la Independencia de Chile*. Santiago: Balcells, 1945.

Amunátegui Solar, Domingo. *La Revolución de la Independencia*. Santiago: Balcells, 1930.

Araya, Alejandra. *Ociosos, vagabundos y malentretenidos en Chile colonial*. Santiago: Dibam, 1999.

Bajtín, Mijail. *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais*. Madrid: Alianza, 2005.

Barros Arana, Diego. *Historia general de Chile*. Santiago: Jover, 1889, tomo X.

Beltrán Almería, Luis. *La imaginación literaria: la seriedad y la risa en la literatura occidental*. Barcelona: Montesinos, 2002.

Berger, Peter. *Risa redentora. La dimensión cómica de la experiencia humana*. Barcelona: Kairós, 1999.

Bindis, Ricardo. *La pintura chilena desde Gil de Castro hasta nuestros días*. Santiago: Morgan Marinetti, 1984.

Blest Gana, Alberto. *Durante la reconquista: novela histórica*. París: Garnier, 1897.

Blest Gana, Alberto. *El loco Estero: recuerdo de la niñez*. París: Garnier, 1909.

Braudel, Fernand, Duby, Georges, coords. *El Mediterráneo. Los hombres y su herencia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1992.

Bremmer, Jan y Roodenburg Herman. *Una historia cultural del humor: desde la Antigüedad hasta nuestros días*. Madrid: Sequitur, 1999.

Burke, Peter. *La cultura popular en la Europa moderna*. Madrid: Alianza, 2010.

Campos, Mariano José. *Nahuelbuta*. Buenos Aires: Francisco de Aguirre, 1972.

Cavieres, Eduardo. *Sobre la Independencia de Chile. El fin del Antiguo Régimen y los orígenes de la representación moderna*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 2012.

Cienfuegos, José Ignacio. *Catón cristiano-político para el uso de las escuelas de la República de Chile*. Valparaíso: Imprenta y Librería del Mercurio, 1859.

Collier, Simon. *Ideas y política de la Independencia chilena 1808-1833*. Santiago: Andrés Bello, 1977.

D'Orbigny, Alcide, Charles Wiener, Charles La Condamine. *Viaje por América del Sur*. Madrid: Aguilar, 1958.

De la Cruz, Ernesto. *Epistolario de Don Bernardo O'Higgins*. Madrid: Editorial-América, 1920.

- Donoso, Ricardo. *Las ideas políticas en Chile*. México: Fondo de Cultura Económica, 1946.
- Durkheim, Emile. *Las formas elementales de la vida religiosa*. México: FCE, 2012.
- Duvignaud, Jean. *El sacrificio inútil*. México: FCE, 1997.
- Echeverría, Joaquín. «Una tentativa para reglamentar las procesiones. Carta de Joaquín Echeverría al gobernador del Obispado, 1819». *Revista Chilena*, n° XLIII (julio 1921): 324-325.
- Edwards, Agustín. *Camilo Henríquez*. Santiago: Universidad de Chile, 1934.
- Egaña, Juan. *Ocios filosóficos y poéticos en la Quinta de las Delicias*. Londres: Impreso por Manuel Calero, 1829.
- Egaña, Juan. *Cartas de don Juan Egaña a su hijo Mariano 1824-1828*. Santiago: Sociedad de Bibliófilos Chilenos, 1946.
- Egaña, Mariano. *Cartas a su padre 1824-1829*. Santiago: Nascimento, 1948.
- Encina, Francisco Antonio. *Introducción a la historia de la época de Diego Portales (1830-1891)*. Santiago: Nascimento, 1964.
- Ehrenreich, Barbara. *Una historia de la alegría. El éxtasis colectivo de la Antigüedad a nuestros días*. Barcelona: Paidós, 2008.
- Eyzaguirre, Jaime. *O'Higgins*. Santiago: Zig-Zag, 1950.
- Eyzaguirre, Jaime. *El Conde de la Conquista*. Santiago: Editorial Jurídica de Chile, 1951.
- Feliú Cruz, Guillermo. *Conversaciones históricas de Claudio Gay con algunos testigos y actores de la Independencia de Chile 1808-1826*. Santiago: Andrés Bello, 1965.
- Feliú Cruz, Guillermo. *Santiago a comienzos del siglo XIX. Crónicas de los viajeros*. Santiago: Andrés Bello, 1970.
- Fernández Larraín, Sergio. *O'Higgins*. Santiago: Orbe, 1974.
- Galaz, Gaspar, Ivelic, Milan. *La pintura en Chile. Desde José Gil de Castro hasta Juan Francisco González*. Santiago: Ediciones Extensión Universitaria, 1975.
- Garrido, Pablo. *Historial de la cueca*. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1979.
- Godoy, Hernán. *Estructura social de Chile*. Santiago: Universitaria, 1971.
- Góngora, Mario. «El pensamiento de Juan Egaña sobre la reforma eclesiástica. Avance y repliegue de una ideología de la época de la Independencia». En *Estudios de historia de las ideas y de historia social*, Góngora, Mario, 183-206. Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1980.
- Goicovic, Igor. «De la indiferencia a la resistencia. Los sectores populares y la guerra de Independencia en el norte de Chile (1817-1823)». *Revista de Indias* LXXIV, n° 260 (2014), 129-160.
- Graham, Maria. *Diario de mi residencia en Chile en 1822*. Santiago: Editorial del Pacífico, 1953.
- Guerrero, Cristián. *La contrarrevolución de la Independencia de Chile*. Santiago: Universitaria, Centro Diego Barros Arana, 2002.
- Gurevich, Arón. «Lo cómico y lo serio en la literatura religiosa de la Edad Media». *Diógenes* 90 (1975).
- Haigh, Samuel. *Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú*. Buenos Aires: Editorial Yapeyú, 1950.
- Haigh, Samuel, Alejandro Caldclough, Max Radiguet. *Viajeros en Chile 1817-1847*. Santiago: Editorial del Pacífico, 1955.

- Huidobro Salazar, María Gabriela, «Clásicos grecorromanos en tiempos de la independencia de Chile: autores, libros e influencias». *Iberoamericana* 17, nº 64 (2017): 129-146.
- Jaksic, Iván, ed. *Historia política de Chile, 1810-2010*. Santiago: Fondo de Cultura Económica, 2017.
- Johnston, Samuel B. *Cartas de un tipógrafo yanqui en Chile y Perú durante la Guerra de la Independencia*. Buenos Aires: Francisco de Aguirre, 1967.
- Latcham, Ricardo A. *Estampas del Nuevo Extremo. Antología de Santiago 1541-1941*. Santiago: Nascimento, 1941.
- Latcham, Ricardo A. *Manuel Rodríguez*. Santiago: Nascimento, 1975.
- Le Goff, Jacques, «¿Reía Jesús?», en *Una larga Edad Media*, Jacques Le Goff, 193-198. Barcelona: Paidós, 2008.
- León, Leonardo. «Reclutas forzados y desertores de la patria: el bajo pueblo en la guerra de la Independencia 1810-1814». *Historia* 35 (2002): 251-297.
- León, Leonardo. *Ni patriotas ni realistas. El bajo pueblo durante la Independencia de Chile 1810-1822*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2011.
- León, Leonardo. «Monarquistas hasta el ocaso: los 'indios' de Chile central en los preámbulos de 1810». En *Las revoluciones americanas y la formación de los estados nacionales*, editado por Jaime Rosenblitt, 275-331. Santiago: DIBAM, 2013.
- Martínez, Melchor. *Memoria histórica sobre la revolución de Chile desde el cautiverio de Fernando VII hasta 1814*. Santiago: Ediciones de la Biblioteca Nacional, 1964.
- Martínez Sarasola, Carlos. *Nuestros paisanos los indios. Vida, historia y destino de las comunidades indígenas en la Argentina*. Buenos Aires: Emecé, 1992.
- Montealegre, Jorge. *Historia del humor gráfico en Chile*. Lleida: Editorial Milenio, 2008.
- Montt, Luis. *Ensayo sobre la vida i escritos de Camilo Henríquez*. Santiago: Imprenta del Ferrocarril, 1872.
- Ossa-Santa Cruz, Juan Luis. «El gobierno de Bernardo O'Higgins visto a través de cinco agentes estadounidenses, 1817-1823». *Co-herencia* 13, nº 25 (2016): 139-166.
- Peña Otaegui, Carlos. «Santiago y la vida santiaguina a principios del siglo XIX (1820-1850)». *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* VIII, nº 16 (1941): 40.
- Pereira Salas, Eugenio. *Danzas y cantos populares de la Patria Vieja*. Santiago: Universidad de Chile, 1938.
- Pereira Salas, Eugenio. *El teatro en Santiago del Nuevo Extremo 1709-1809*. Santiago: Universitaria, 1941.
- Pereira Salas, Eugenio. *Los orígenes del arte musical en Chile*. Santiago: Universitaria, 1941.
- Pereira Salas, Eugenio. *Juego y alegrías coloniales en Chile*. Santiago: Zig-Zag, 1947.
- Pérez Rosales, Vicente, *Recuerdos del pasado, 1814-1860*, Santiago: Zig-Zag, 1958.
- Pinto, Julio, Valdivia, Verónica. *¿Chilenos todos? La construcción social de la nación 1810-1840*. Santiago: LOM, 2009.
- Plath, Oreste. *Folklore chileno*. Santiago: Nascimento, 1969.

- Propp, Vladimir. *Edipo a la luz del folklore. Cuatro estudios de etnografía histórica estructural*. Madrid: Fundamentos, 1980.
- Puigmal, Patrick, Núñez, Raúl. «La imagen de Chile y de los chilenos a través de los escritos de la oficialidad napoleónica durante la Independencia 1817-1830». *Alpha*, 31 (2010): 243-255.
- Salazar, Gabriel. *Construcción de Estado en Chile, 1800-1837. Democracia de los pueblos, militarismo ciudadano, golpismo oligárquico*. Santiago: Sudamericana, 2005.
- Salinas, Maximiliano. *Risa y cultura en Chile*. Santiago: Universidad ARCIS, 1996.
- Salinas, Maximiliano. «¡En tiempo de chaya nadie se enoja! La fiesta popular del Carnaval en Santiago de Chile 1880-1910». *Mapocho* 50 (2001): 321-322.
- Salinas, Maximiliano. «De Atenea a Afrodita: La risa y el amor en la cultura chilena». *Atenea* 495 (2007): 13-34.
- Salinas, Maximiliano. «El espíritu carnavalesco y la defensa de la tierra: las poesías populares sobre Manuel Rodríguez, el guerrillero de la Independencia de Chile». *Caravelle*, 88 (2007): 31-47.
- Salinas, Maximiliano. «El tiempo colonial y su desarticulación por la risa: Juan Verdejo, roto de Chile». *Simposio Internacional sobre Patrimonio Inmaterial. La voz y el ingenio. El humor, el chiste, la ironía, el gesto intencionado*, editado por Fundación Joaquín Díaz, 58-75. Urueña: Centro Etnográfico Joaquín Díaz, Diputación de Valladolid, Junta de Castilla y León, 2008.
- Salinas, Maximiliano. *La risa de Gabriela Mistral. Una historia cultural del humor en Chile e Iberoamérica*. Santiago: LOM, 2010.
- Salinas, Maximiliano. «El Chile de Juan Verdejo: discursos identitarios y estereotipos nacionales en la prensa humorística de Chile en el siglo XX». En *Identidades nacionales en América Latina. Discursos, saberes, representaciones*, Katharina Motzkau, Vanessa Höse, Antonio Sáez-Arance, 287-307. Stuttgart: Akademischer Verlag, 2017.
- Silva Castro, Raúl. *Escritos políticos de Camilo Henríquez*. Santiago: Universidad de Chile, 1960.
- Silva Vargas, Fernando, Juan Eduardo Vargas, editores. *Historia de la república de Chile. Volumen I. El fin de la monarquía y los orígenes de la república, 1808-1826*. Santiago: Zig-Zag, 2013.
- Talavera, Manuel Antonio. *Revoluciones de Chile*. Santiago: Cóndor, 1937.
- Thayer Ojeda, Luis. *Elementos étnicos que han intervenido en la población de Chile*. Santiago: La Ilustración, 1919.
- Turner, Víctor. *El proceso ritual*. Madrid: Taurus, 1988.
- Uribe Echevarría, Juan. *Antología para el Sesquicentenario 1810-1960*. Santiago: Universitaria, 1960.
- Valdivieso, Rafael Valentín. *Obras científicas y literarias*. Santiago: Imprenta San Buenaventura, tomo III, 1904.
- Valenzuela Márquez, Jaime. «Los franciscanos de Chillán y la Independencia: avatares de una comunidad monarquista». *Historia* 38, nº I (2005): 113-158.
- Vicuña Mackenna, Benjamín. *La corona del héroe. Recopilación de datos y documentos para perpetuar la memoria del General don Bernardo O'Higgins*. Santiago: Imprenta Nacional, 1872.
- Vicuña Mackenna, Benjamín. *Vida del capitán general de Chile don Bernardo O'Higgins*. Santiago: Rafael Jover, 1882.

- Vicuña Mackenna, Benjamín. *La batalla de Maipo contada al pueblo según nuevos datos* [1877]. Santiago: Imprenta Chile, 1918.
- Villalobos, Sergio. *Tradición y reforma en 1810*. Santiago: Universitaria, 1961.
- Villodres, Diego Antonio Navarro Martín de. *Carta pastoral a todos los fieles así eclesiásticos como seculares de la diócesis*. Lima: Imprenta de los Huérfanos, 1814.